

IN MEMORIAM de Salesianos particularmente beneméritos del Instituto

P. CARLOS DORÑAK

A lo apuntado sobre el P. Dórñak a propósito de su asesinato, reproducimos aquí el testimonio del P. Benito Santecchia.

Con el Padre Dorñak nos conocíamos desde 1943. Siempre simpatizamos. Desde hacía más de 10 años nos unía una fuerte y creciente amistad. Podría decir que era su único confidente. Les hablo, pues, de él conociéndolo muy desde adentro.

Su martirio revela su vida

Dorñak, Sacerdote de Cristo

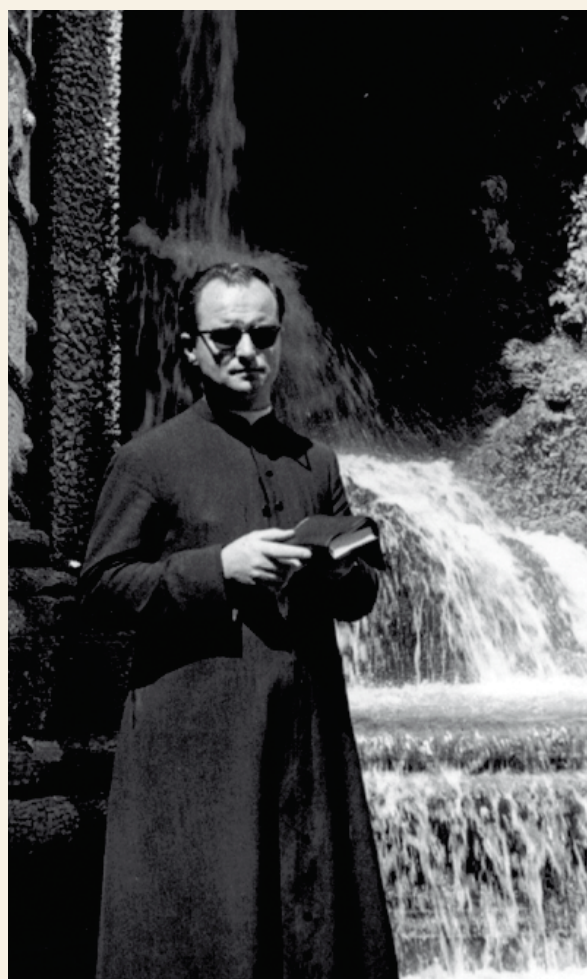
El Padre Dorñak fue un autentico sacerdote de Cristo. Fue un hombre de Dios: de una exquisita y rica interioridad religiosa. Fue un creyente de fe sólida y consecuente.

Su lema sacerdotal revela honda sensibilidad a todo lo Divino: "Señor, cuánto amo habitar en tu Casa". Alabar, adorar, sentirse en la Presencia de Dios constituía su vida y su mundo; su razón de ser y de existir. Era lo más íntimo de su misma intimidad, celosamente protegida por su típica reserva. Este era su núcleo vital desde donde se abría a lo Infinito y a los hombres. Era inaccesible, para quien no compartiera con él largos años de diálogo y fraternidad.

Nada ni nadie turbaba ese espacio de luz: ni momentos difíciles, ni situaciones agresivas, ni dolorosas pruebas. La más temible tempestad se estrellaba contra ese centro granítico de su personalidad, que era su tierna y afectuosa relación con Dios. Cuando se percataba que algo pretendía rivalizar con Dios, lo descartaba de inmediato, reduciéndolo a su condición de cosa relativa. Lo Absoluto era Dios.

Era un hombre de oración. Celebraba la Eucaristía con recogimiento y delicadeza, experimentándose ante la Infinita Majestad de Dios. Encontraba siempre tiempo y lugar para esconderse y orar, aunque

estuviera rendido de cansancio. Gozaba en la oración, así como gozaba en el canto y en la música. Su modestia, su timidez, un cierto complejo y el respeto que le tenía al sacerdocio, lo llevaron -en los últimos años- a celebrar casi siempre en forma privada, porque creía no estar preparado para afrontar pastoralmente al mundo de hoy. Este fue un gran tormento para él. Varias veces lo conversamos. Hasta que él mismo encontró su lugar en la Iglesia: apoyar con su silencio, con su sufrimiento, con su oración, con su trabajo escondido, a quienes cumplían tareas sacerdotales públicas. "Yo no soy capaz de dar clase, de predicar, de hacer conferencias. Pero, gustoso hago otros trabajos, para que ustedes puedan realizar todo eso", me solía comentar.



Dorňak, hombre y amigo

Era un hombre integérrimo, de sentimientos limpios y esenciales. Su lenguaje era: Si., si; no, no -como dice Jesús en el Evangelio. No toleraba ni falsedades, ni engaños. En esto no admitía matices. Cuando creía ver que se obraba con doblez y sin claridad, se volvía intransigente y enérgico. Era su estructura simple, lineal -no fácilmente flexible- la que le imprimía a sus actos transparencia y fuerte vigor. Esto se revelaba especialmente en su incorruptible fidelidad a la Iglesia, a la Congregación, a la verdad. Quizás, su cáscara, que por momentos, aparecía como áspera pudo haber ocultado su delicadeza de conciencia y su nobleza de corazón.

Era un gran amigo. Capaz de una amistad profunda, tierna, leal hasta las últimas consecuencias. Los que fuimos sus amigos bien sabemos cuánto tenía para compartir, para dar, para amar. El amigo era algo sagrado para él: y en este campo, cualquier forma de infidelidad, lo hacía replegarse, hasta desaparecer del radio de la comunicación.

Era un hombre intensamente laborioso. Pero, no se dejaba sorprender en su actividad. Un profesor que lo conoce desde hace más de veinte años me escribía: "¿Qué puedo decirte, Benito, a vos y a los hermanos del Juan, ante tamaña tragedia? Parece increíble. Todavía puedo recordar, y con claridad, a este infatigable trabajador del Instituto que estaba en todo y a todas horas".

Una humildad muy identificada con él lo llevaba a ocultarse. No había nacido para vender su imagen o magnificar sus obras. Nunca se preocupó de publicitar sus tareas, que eran múltiples. Casi diría que nada le importaba lo que pensaban los demás sobre él. Y no, por desprecio, sino por modestia y veracidad. Estaba convencido de que Dios sabe quiénes somos y qué hacemos.

Recordaba con ternura la pobreza de su cuna y cómo se ganaba la vida, cuando niño, vendiendo pasteles de grasa en Mendoza. Miraba nostálgicamente sus orígenes pobres y agradecía ardientemente a la Congregación Salesiana la educación y la vocación que le habían cultivado.



Dorňak, en espera del Señor

Últimamente más que nunca sacaba el tema de la muerte. Pero, no en términos lúgubres sino en un tono de confianza y esperanza; "Vivirnos para ese momento", me decía. Vivía esperando al Señor. Cuando hacíamos conjeturas de posibles trances difíciles él se remitía a Dios, a quien parecía buscar constantemente para ver de qué lado iba a aparecer.

Los últimos dos meses, especialmente cuando íbamos a Tornquist, solía quedar como extasiado pensando en lo sublime que debe de ser Dios y en lo maravilloso que sería nuestro encuentro con él. ¡Cuántas veces me lo comentaba cuando pasábamos bajo el cielo estrellado! Me llamaba la atención. Ahora entiendo cómo Dios lo iba preparando, y cómo él iba respondiendo.

Su paso de este mundo al Padre, no lo tomó de sorpresa. Estaba siempre dispuesto a darlo. Todos lloramos el cuadro en que se dio su muerte. Todos entendemos que ni él, ni los Salesianos que este año cumplen sus cien años de llegada a la Argentina, merecían esta inadmisibles afrenta. Pero, vemos que su muerte, lejos de eclipsar en el olvido su imagen de Sacerdote, de Salesiano y de hombre, la ha revelado en su misma raíz. Toda su belleza espiritual resplandece en su martirio que adorna su frente y su vida. La Congregación en sus cien años de Argentina, mientras recuerda el heroico sacrificio de los primeros salesianos, ostenta el sacrificio supremo de uno de sus hijos, que se enciende como una estrella al concluir su primer siglo de trabajo argentino. La Iglesia de Bahía Blanca, como si abriera sus catacumbas nos muestra la gloria de quien vivió en el ocultamiento y en el olvido.

Celoso sacerdote de Cristo, fiel hijo de la Iglesia, hermano bueno en la Congregación, amigo incondicional, trabajador incansable, artista exquisito, esto fue y es el Padre Carlos Dorňak.

Y lo seguirá siendo cada vez más por la fecundidad de su Fe martirizada.

"Estoy con ustedes diariamente hasta el fin del mundo" (Jesús)

"Si Dios está por nosotros ¿quién contra nosotros?" (San Pablo)

¡Hermanos! En Bahía Blanca, hoy más que nunca, es la hora del Evangelio crudo y desnudo como suena. Es la hora de la confianza filial en Dios. Jesús nos reveló "no, que el Padre es Dios, sino que Dios es Padre".

Santa Teresa, doctora de la Iglesia, nos lo confirma sin titubeos: "Nada te turbe. Nada te espante. Todo se pasa. Dios no se muda. La paciencia todo lo alcanza. Quien a Dios tiene, nada le falta. ¡Sólo Dios basta!"

"Esperar contra toda esperanza, parece ser signo necesario de los tiempos", me escribía un Profesor, víctima también él de persecuciones sectarias. ¡Qué actitud luminosa para los momentos tenebrosos que vive la Iglesia de Bahía!



¡Dios quiera que nuestra Iglesia siga fiel al Evangelio! (Sin dejarse arrebatar su función profética, ni por iluminados, ni extraños).

Que continúe clamando contra la fratricida cruzada, virulentamente en marcha. Que continúe desembozando la camuflada persecución de la que es objeto. Persecución doblemente maligna, porque, además de ser una sacrilega injusticia, es también una satánica división de la Comunidad, ya que se funda en una caprichosa discriminación entre "buenos y malos": "buenos y malos cristianos", "buenos y malos católicos", "buenos y malos sacerdotes", "buenos y malos obispos".

¡Dios quiera que los responsables de nuestra sociedad, desde las distintas instituciones, según sus distintas funciones logren detener a este minúsculo grupo de fanáticos (tan armado, tan adinerado, tan impune), así como logran desbaratar a los de signo contrario!

¡Dios quiera sostener a cuantos viven bajo la sombra amenaza de la persecución y del pánico, bajo el terrorismo y el saqueo de estas bandas sueltas!

¡Dios quiera convertir el corazón de estos nuevos zelotas, enrolados en una "abominable guerra santa", como convirtió el corazón del zelota Simón, convirtiéndolo en su Apóstol, haciéndolo pasar del fanatismo al Amor apasionado!

¡Dios quiera que nuestro pueblo encuentre la verdadera paz, a través de una justicia limpia, y que llegue a la fraternidad en ese amor y respeto, que fue y que es característica de nuestras tierras!

¡Dios quiera que cuantos nos inspiramos en Cristo y en su Evangelio, no lo desnaturalicemos con principios y gestos abiertamente contrarios, como son la sed de poder, la violencia criminal, la persecución a su Iglesia, la venganza y el odio, y el uso hipócrita del nombre de "cristianismo"!

¡Dios nos bendiga y nos proteja!

¡Dios bendiga y proteja a la Iglesia!

¡Dios bendiga y proteja a todo nuestro pueblo!

P. BENITO SANTECCHIA (1931-1997)



En 2007, el Instituto publicó el libro "Treinta y tres reflexiones pastorales" del P. Benito,

en coedición con el Centro de Estudios Salesiano de Buenos Aires. Con motivo de la presentación de ese libro en el Instituto, el 18 de mayo de 2007, el P. Del Col leyó un discurso en que puso de relieve y detalló la entrañable relación del P. Benito con el Instituto. Por tal motivo se reproduce a continuación tal discurso.

"Buenas tardes. El Instituto Superior Juan XXIII aprecia y agradece su presencia en este acto de homenaje al P. Benito Angel Santecchia, en que se va a presentar el libro "Treinta y tres reflexiones pastorales" que son otras tantas "catequesis teológicas para nuestro tiempo" escritas por él y aparecidas primeramente en sendos artículos del *Boletín Salesiano* entre 1992 y 1997.

Yo no me voy a referir al libro, a su contenido y a sus valores, de gran actualidad todavía. Solo observo que se trata de una coedición del "Centro de Estudios Salesiano de Buenos Aires" (CESBA) y de nuestro Instituto. La idea de la coedición se debe al Lic. Oscar Campana, director de la revista *Proyecto* y de la colección *Estudios Proyecto* de dicho Centro. El Instituto hizo suya esa idea sin la menor vacilación. Fue un gesto de gratitud hacia un verdadero pionero y visionario con respecto al destino del Instituto.

Y me limitaré ahora a señalar algo de la relación del P. Benito con nuestro Instituto.

Estuvo aquí entre abril de 1967 y marzo de 1975 como docente y animador pastoral, y en el ciclo lectivo 1973 también como rector en remplazo del primer rector y fundador del Instituto, el inolvidable P. Osvaldo Francella.

He aquí algunos de los rasgos que, a mi parecer, lo caracterizaron en los años de su presencia y actuación en el Instituto:

- Se cultivaba constantemente en sus especialidades, no obstante una esmerada preparación remota (como licenciado en teología, diplomado en

catequesis y pastoral, doctor en teología).

- En las clases (de Teología, de Antropología Filosófica, de Historia de la Religión, de Psicología Religiosa) sabía captar y mantener la atención y el interés de los alumnos.

- No era un mero repetidor de enfoques y autores, sino que los proponía con agudo espíritu crítico. Y así enseñaba a pensar, analizar y juzgar. Se me ocurre compararlo con Vittorino da Feltre (1378-1446), "el mayor pedagogo italiano de la época del Renacimiento" (Ruiz Amado, citado por E. Fernández Clemente en *Gran Enciclopedia Rialp*, t. IX, s. v. Feltre, Vittorino da), quien repetía: "Quiero que mis alumnos aprendan a pensar y a hablar, lo uno y lo otro conscientemente" (*ib.*).

- En sus exposiciones, Benito era incisivo, pero no impositivo. Por cierto, debido a su prestancia académica, a su estilo fluido y chispeante, a su don de enganche con la mentalidad moderna y juvenil, ejercía una verdadera fascinación sobre los alumnos.

- En clase y sobre todo fuera de clase era como compañero, como amigo: compañero y amigo sincero, alegre, chistoso, exuberante, pero esquivo de actitudes demagógicas o simplemente paternalistas.

- Sintonizaba con el mundo juvenil, pero sin transacciones para una "captatio benevolentiae", sino apuntando a una seria formación en valores humanos y cristianos.

- Su pasión profunda era la verdad, especialmente la verdad cristiana, centrada en Cristo Liberador; un Cristo concebido como perenne fuente de la verdad liberadora y perenne modelo de humanidad íntegra, plena, y a la vez divinamente elevada.



- A esto respondieron igualmente los cursos sistemáticos de formación teológica, organizados y dictados por él en ámbito extracurricular, a los que concurrían numerosos exalumnos, profesionales y en general personas interesadas de nuestro medio.

- En última instancia, la pasión por Cristo era también lo que lo inspiraba en la atención espiritual de alumnos y otros jóvenes, en forma individual o grupal.

Añado ahora alguna referencia a su desempeño como rector del Instituto en 1973.

- Aceptó el cargo para suplir al P. Francella, afectado en su salud y necesitado de descanso. Ser rector del Instituto no había sido su ambición ni mucho menos. Al año vio con gusto que esa función la asumiera el P. Benjamín Stochetti.

- En el año de su rectorado, el P. Benito desplegó un notable dinamismo organizativo. Así, convocó reuniones y asambleas de alumnos y profesores por departamento. De esto se encuentra una amplia documentación en el archivo del Instituto. Y como colofón redactó él mismo una declaración de principios y objetivos del Instituto, que se publicó por Pascua de 1974 y que aún hoy es un documento señero.

Dejo de lado varios otros datos relativos a Benito como rector, como docente y como animador pastoral. Solo aludo a que Benito, dada su fuerte personalidad, fue también blanco de controversias y cuestionamientos, que en marzo de 1975, a raíz del asesinato del P. Carlos Dórňak, vice rector del Instituto, determinaron su alejamiento del Instituto, de la ciudad y del país, en resguardo de su propia vida. Fue indecible el dolor que experimentó por ello, pero supo sobrellevarlo con entereza, valentía y fortaleza.

Aun lejos físicamente, el P. Benito se sentía tan unido y casi diría identificado con el Instituto, como lo atestiguan varias cartas suyas desde el destierro y

luego, de regreso a la Argentina, las infaltables visitas que nos hacía cada vez que venía a Bahía Blanca para encontrarse con sus familiares y parientes. Visitas que resultaban siempre tan gratas e incluso festivas para cuantos lo conocíamos; festivas, digo, por sus ocurrencias, optimismo y alegría.

Desde el Centro de Estudios Salesiano de Buenos Aires, del que fue el "alma mater", el P. Benito aspiraba a realizar proyectos en común con nuestro Instituto. Así, gracias a él, se encaró alguna coedición y estaba en vista alguna otra.

Hoy puede Benito, desde el Cielo, contemplar la coedición de los treinta y tres artículos suyos que en su momento eran leídos con fruición por los lectores del *Boletín Salesiano* y que en adelante, gracias al libro que los reúne, podrán ser leídos, también con fruición, por tantos otros lectores.

Y ojalá pueda concretarse otra iniciativa del Lic. Oscar Campana, o sea la publicación de otro volumen, pero sobre el P. Benito. El Instituto se sentiría nuevamente encantado con la coedición de un libro que, en línea con el propio lema "Verum effundere ad bonum" (Irradiar la verdad en orden al bien), perpetuaría la memoria de una de las más destacadas personalidades que el Señor le obsequió al Instituto y que vivenció intensamente el cultivo de la verdad para el bien, sobre todo de la juventud de nuestro Sur argentino".

Efectivamente, en el año 2008, nuevamente en coedición con el "Centro de Estudios Salesiano de Buenos Aires" (CESBA), el Instituto publicó el libro "Homenaje a Benito Angel Santecchia. Testimonios. Crónica. Documentos. Escritos. Estudios". Salvo la parte final dedicada a dos estudios, el resto trae una documentación amplia y valiosa acerca de Benito y del mismo Benito. Remitimos, pues, a ese libro. Pero aquí reproducimos dos textos: el titulado "Benito, mi hermano", de Heriberto Santecchia y el titulado "Ultimo adiós al Padre Benito Santecchia", de Mercedes Arteché.

Benito, mi hermano

Hablar de mi hermano Benito me resulta algo incómodo, porque no alcanzo a establecer con claridad el deslinde entre la exposición pública y la reserva de la vida privada.

De todos modos intentaré algunas palabras.

Con Benito he participado la fraternidad en la sangre, condición no elegida, y, lo que es más importante, he participado por decisión consciente la sintonía en el espíritu y en la fe.

Montaigne en sus Ensayos ha escrito: "Tenerse en menos de lo que uno vale, es cobardía y pusilanimidad".

La vida de Benito, al menos la que yo he conocido, estuvo tironeada entre la conciencia de saberse más y la obligación de tenerse en menos.

Las exigencias internas de autenticidad lo apremiaban y pensaba que el tiempo discurría demasiado veloz para el logro de sus proyectos, pero por otra parte se sentía contenido por las obligaciones de su profesión religiosa a las que voluntariamente había prometido ser fiel.

No había recibido en herencia la mansedumbre, sino más bien la fogosidad.

A veces las contradicciones o la vehemencia de sus actitudes manifestaban la lucha interna entre la toma de decisiones que presentía urgente y los datos de una realidad eclesial que se demoraba en inútiles pausas.

Pero, no obstante sus turbulencias de carácter, Benito ha sido un testigo obcecado de la presencia de Dios entre los hombres; "con un oído en el evangelio y con el otro en el pueblo", como solía decir el obispo Angelelli.

Dios y el hombre fueron sus pasiones. Dios metido en un mundo de humanos desorientados, porque el mensaje de Cristo, prometido como esperanzada liberación, a menudo se les ofrecía como un anuncio demasiado remoto e indescifrable.

Benito buscó siempre el código adecuado para que el mensaje de Cristo fuese inteligible

respuesta a las preocupaciones del hombre de hoy. Intentó percibir "el ritmo del tiempo", como dijo Juan XXIII al convocar el Concilio (25 de diciembre de 1961).

Más allá de la disciplina, del rigor doctrinario, de las jerarquías y magisterios, más allá de la espiritualidad encapsulada de algunos cristianos que se encierran en la torre de marfil de sus rezos y devociones hay un mundo ansioso por encontrar el camino.

Benito se esforzaba por señalarlo, estaba en búsqueda permanente, enmarañado en la cultura de su tiempo, estimulado por la impaciente preocupación de dar respuesta, aquí y ahora, a las inquietudes de su entorno.

Porque los conflictos que no se resuelven en la escucha y en la comprensión buscan soluciones en el rechazo o en la violencia.

En un mundo de cambios precipitados se exigen respuestas rápidas, que, desde ya, buscarán ser equilibradas, creativas y comprometidas.

No sirve repetir esquemas ya superados, la historia es cambio; no sirve el pilatismo, el compromiso es exigencia de la fe cristiana aun a riesgo de equivocarse.

Por el rumbo del compromiso y de la innovación anduvo Benito como creyente y como cura. Con su entusiasmo, con su talento, con su humildad, con su ingenuidad, con sus arrebatos, con su humor.

Repartió simpatías y antipatías; tuvo muchos y grandes amigos y no se privó de poderosos y temibles enemigos.

Por lo demás, no fue un cura sanador, no cautivó nuestro afecto con sorprendentes prodigios, sino simplemente con estar compartiendo nuestra vida, interesándose por ella, complicándose con nuestros problemas, arriesgando opinión en medio de amenazas y peligros y padeciendo el destierro para tener la garantía de seguir viviendo.

Era un tipo cuya presencia se buscaba no sólo por su talento, sino y además por la plenitud

interior y la alegría de departir con él. Su risa característica y sus humoradas aún nos persiguen por los laberintos de la nostalgia y del recuerdo.

No rehuía los temas que erizaban la piel de tantos eclesiásticos como el divorcio, la anticoncepción, el acceso a los sacramentos de los separados vueltos a casar, el celibato obligatorio del clero, la ordenación sacerdotal de los casados, la justicia social, la opción preferencial por los pobres.

No que tuviera la solución definitiva a tales cuestiones, ni que sus argumentos fuesen irrefutables, pero tenía el coraje de discutir, estudiar, profundizar, consultar, escuchar a jóvenes y a adultos, a religiosos y a laicos.

Se resistía a aceptar con sumisa cobardía opiniones que carecían del seguro sustento de la razón y de la Escritura, no obstante se pretendiesen exigir como razonables e inspiradas.

Apasionado por el ideal se olvidó de sus límites físicos. Aparecía robusto, aunque con insidiosas deficiencias orgánicas a las que nunca dio importancia. Recurría poco a los médicos y a veces resolvía sus dolencias con inocentes terapias o con antojadizas automedicaciones.

A pesar de su carácter impetuoso, era un tipo humilde y, glosando a Ladislao Boros, se podría decir de él que toleraba la oscuridad de nuestro mundo para transformarla pacientemente en luz, se tomaba sus tiempos de silencio y de oración para encontrar la palabra justa que decir a los otros, buscaba para sí la calma esencial para transmitirla a los demás, admitía su indignidad y reconocía que en esto consistía la verdadera dignidad, pero, sobre todo, percibía en su frágil y tumultuosa existencia, la experiencia fundamental de la gracia.

Último adiós al P. Benito Santecchia

Estas palabras fueron pronunciadas en el sepelio de padre Benito Santecchia el 12 de marzo de 2007. La autora, actual profesora del Instituto Superior Juan XXIII de Bahía Blanca, había sido alumna del padre Benito.

¡Cuánto podemos decir de Benito! Sin embargo, los que lo conocimos sabemos que un montón de sentimientos, más que palabras, se agolpan en el corazón. Porque nos cuesta pensar en su partida cuando su vida era aún plena de urgencias, de testimonio, de proyectos, de esperanza, de gran valor para la humanidad.

Y hoy, retrocedemos en el tiempo para recordarlo. Porque su recuerdo nos pertenece. Porque aún sentimos la presencia de esa persona sin par; de nuestro amigo, del compañero, del hombre, del consejero, del sacerdote, del salesiano.

Y, como el recuerdo se hace cariño, aparece nítido nuestro profesor..., ese hombre...

Porque sin duda, Benito fue para nosotros el hombre que se definió como persona en la respuesta libre a la vocación única que Dios le hizo y que la puso al servicio de los otros.

Fue el hombre abierto; abierto a la vida, al tiempo que le tocó vivir. Capaz de asombro y de cambio. Abierto a los demás hombres; a los jóvenes, a los que fuimos sus alumnos. El que nos supo mirar siempre con la esperanza de poder encontrar en nosotros una porción de verdad, de belleza, de bondad...

Fue el hombre equilibrado; que supo gozar la vida y establecer relaciones de amistad con muchas personas, sano por dentro y por fuera.

Fue el hombre del diálogo, capaz de sentarse a la misma mesa y compartir y aceptar nuestras ideas, creencias y valores, sin miedo y sin resistencia, para buscar caminos de acuerdo.

Fue el hombre de fe, con un gran sentido de Dios y un gran amor a Jesucristo.

Fue el hombre conducido por el Espíritu; el que nos enseñó a saber leer los signos que se nos presentan en la historia real, en las situaciones concretas; a saber ser libres, sin ataduras a leyes fijas, a normativas externas y a experimentar un gran amor a la persona de Jesucristo.

Fue el hombre de servicio, porque supo traducir su compromiso con Dios en un compromiso real con el hombre; porque nos mostró la lucha por la transformación de estructuras injustas u opresoras.

Fue el hombre del coraje; constante, coherente, que nos enseñó el gran significado de la libertad interior para no claudicar ante las amenazas y ante los engaños y adulaciones.

Fue el hombre de la simpatía. Con la capacidad de sintonizar y comprendernos en nuestras debilidades y faltas. Capaz de sentir y reír con nosotros; de confiar y ser confiable. El que supo hacer saltar la chispa de lo sorprendente y de lo bello, del don del humor. ¡Cómo olvidar ese cariño, esa alegría y esa vivacidad que le surgían espontáneamente!

Y fue el hombre de la poesía, de la profesionalidad, del saber; de la responsabilidad, del conocimiento...

Fue el hombre que nos enseñó que el cristiano vive en el mundo pero no es del mundo...

Hoy, Benito, ya no estás en el mundo, y desde la casa del Padre, sin duda, contemplarás emocionado cómo tus ex alumnos, en silencio, con profundo amor y encarnando tu ejemplo, te acompañan.

Y por último, ¡qué hermoso poder repetir ahora la misma oración de San Jerónimo que Benito nos dejó como parte de su sentimiento ante la muerte del padre Egidio Viganó, y que hoy se hace nuestro sentimiento:

Gran dolor, Señor, fue haberlo perdido.
Pero te doy gracias
mi Dios,
por haber tenido,
¿qué digo?
por tenerlo aún hoy;
porque quien retorna al Padre
no sale de casa.

P. FRANCISCO CALENDINO (02/01/1924 - 13/05/2003)

El 13 de mayo de 2003, por la tarde alrededor de las 17.30, en el Hospital Interzonal Dr. José Penna de nuestra ciudad falleció el P. Francisco Calendino, Salesiano de Don Bosco.

Había sido internado de urgencia a raíz de una severa pulmonía. Pero desde hace unos años sufría de la enfermedad de Alzheimer, que había tronchado su labor misionera entre los indios mapuches de la cordillera neuquina.

A la evangelización y promoción humana de esos hermanos nuestros tan postergados se había entregado de lleno, con inmenso amor y total abnegación, a lo largo de unos 25 años. Pero toda su vida estuvo dedicada al servicio y amor de Dios y del prójimo, imagen viviente de Dios.

A continuación, un simple esbozo de su vida y personalidad.

Nació el 2 de enero de 1924 en General Roca, Río Negro, en el seno de una familia de colonos italianos oriundos de Sicilia. Cursó sus estudios primarios en el pueblo Alejandro Stefenelli, en la primera Casa salesiana del Alto Valle de Río Negro y Neuquén. Prosiguió luego sus estudios en Fortín Mercedes, cerca de Pedro Luro.

En la Casa salesiana de esa localidad pasó todas las etapas de su formación, a excepción de la teología. Ahí, secundando el llamado de Dios, hizo su primera profesión en la Congregación Salesiana el 28 de enero de 1941, que renovarí en 1944 y transformaría en perpetua o de por vida en 1947.

En Bahía Blanca se recibió de Maestro Normal Nacional en 1942. En Fortín Mercedes empezó a ejercer la docencia.

Entre 1947 y 1950 realizó sus estudios teológicos en el Instituto Teológico Internacional "Clemente J. Villada y Cabrera" de Córdoba, culminándolos con la ordenación sacerdotal en Rosario el 25 de octubre de 1950, durante el Congreso Eucarístico Nacional.

Simultáneamente a los estudios de teología cultivó el idioma inglés, rindiendo exámenes como alumno libre en el Colegio Monserrat de la Universidad Nacional de Córdoba, hasta tercer año de la carrera de Inglés.

Después de su ordenación sacerdotal, regresó a Fortín Mercedes con el cargo de Director de Estudios.

En 1953 fue enviado al Pontificio Ateneo Salesiano de Turín, donde obtuvo el Doctorado en Pedagogía, con la calificación "magna cum laude (con gran alabanza)", y un diploma de especialización en Psicología, en julio de 1956.

De regreso a la Argentina, fue destinado como docente y Director de Estudios del Colegio Don Bosco de nuestra ciudad. En este colegio fue también por varios años Director de la sección primaria.

Quienes conocieron al P. Calendino en Fortín Mercedes y en Bahía Blanca destacan su hidalguía, su preclara inteligencia, su gran capacidad organizativa, su esmero en todo lo que hacía, su notable espíritu de iniciativa y su constante preocupación por el desarrollo integral de sus alumnos, a quienes cuidaba solícitamente y amaba profundamente.

Incluso, siendo director de la sección primaria del Colegio Don Bosco, guiaba y animaba largas excursiones durante



las vacaciones con un numeroso contingente de alumnos. Eran excursiones organizadas y llevadas a cabo cuidando de todos los detalles que pudieran asegurar una mayor expansión y alegría de sus muchachos.

Esas excursiones eran un vivo reflejo de la creatividad del P. Calendino en su cometido educativo.

Esto se notó especialmente en la conducción de la escuela primaria del Don Bosco, a la que transformó en una escuela experimental, verdadero laboratorio de innovaciones pedagógicas.

En 1959 fue también uno de los principales inspiradores y promotores de la creación del Instituto del Profesorado Juan XXIII. A partir de 1960 y hasta 1974, a su ya intensa actividad añadió el dictado de clases de Pedagogía y Psicopedagogía en el Juan XXIII.

Quienes fueron sus alumnos en distintas carreras de Profesorado lo recuerdan como un docente excepcional: por la singular competencia que demostraba, por la precisión y limpidez de las nociones que impartía y por su trato distinguido.

En 1961 el P. Calendino creó un Centro de Orientación Profesional, el primero, no solo en Bahía Blanca, sino en todo el Sur Argentino. Ese mismo año organizó un Curso de Orientación Profesional, con una duración de tres años. Tenía como destinatarios a los alumnos de los colegios secundarios de cuarto y quinto año, pero se contempló la posibilidad para el futuro de secciones encargadas de la selección y orientación profesional para el comercio y la industria (cf *La Nueva Provincia*, 30.09.61).

Por esto el P. Calendino es considerado con razón como pionero de la Psicopedagogía en el Sur del país. Consta que la carrera de Psicopedagogía creada por la Universidad del Comahue y que es la primera carrera universitaria de Psicopedagogía en la Argentina, apareció de la mano del P. Calendino o mejor dicho de un grupo de personas que habían estado en contacto con él y su laboratorio de psicometría. Así lo afirmó en una entrevista el señor

de Pablo, Profesor Regular Adjunto en la carrera de Psicopedagogía de dicha Universidad.

En 1970, participando en Venezuela de un curso de formación permanente para salesianos, sintió reavivarse sus anhelos misioneros. Recién empezó a concretarlos en 1974, año en que el Inspector o Provincial de la Patagonia Septentrional lo destinó a las comunidades mapuches de la cordillera del Neuquén.

Entre esas comunidades desplegó el P. Calendino una obra maravillosa en orden a la evangelización y promoción humana de esos hermanos nuestros: una verdadera epopeya misionera.

En efecto, cumplió múltiples funciones: de maestro, médico, partero, dentista, consejero.

Viajaba permanentemente en un camión. Este, además de su medio de locomoción, era su casa, de día y de noche, y casi diríase su templo, puesto que era la caridad de Cristo en favor de sus hermanos mapuches lo que lo impulsaba en sus andanzas. El camión llegó incluso a servirle como aserradero con un motor adosado.

Trabajaba de igual a igual con los indios. Emprendió varias iniciativas para su progreso. Así, facilitó en Colipilli la construcción de un puente que en las crecidas de deshielo y durante los crudos inviernos permitiera a los niños concurrir a la escuela, que él construyera con sus propias manos. Con los indígenas levantó presas de piedra para juntar el agua, de por sí escasa, en la zona de Huepú. Con asesoramiento del INTA y trabajo mapuche llevó a cabo siembras de trigo en Huepul. Fundó cooperativas con los mapuches para posibilitar la comercialización de sus productos. En el paraje de Ruca Choroi puso en funcionamiento una proveeduría y en otros dos parajes sendas cooperativas de consumo, coordinándolas con el Departamento de Comunidades Indígenas. Gracias a él roncaron por primera vez en la inmensidad precordillerana los motores de tractores y otras maquinarias agrícolas.

Tenía en proyecto también obras de más envergadura, como la construcción de un dique en el paraje Colipilli, para facilitar siembras de trigo canadiense y algunas variedades de vegetales y forestales adaptadas a la zona.

Hasta pensó en crear una radio mapuche con locutores indígenas.

Compartió en verdad y de lleno la vida de los mapuches haciendo suyo su destino. Por ellos se desvivió y arrojó incontables asperezas, tales como el viento helado, la lluvia y la nieve, las aguas desencadenadas repentinamente por el temporal cordillerano y por las cuales más de una vez quedó varado durante varios días esperando el fin del temporal.

En lo espiritual se preocupó por resucitar o potenciar los valores de la cultura mapuche. Muy significativo a este propósito el siguiente testimonio de un joven mapuche: "Por él despertamos a la vida, por él nos dimos cuenta de que existíamos como raza y que éramos capaces de labrar nuestro destino".

Claro índice de la inculturación del P. Calendino entre los mapuches y del amor a ellos y a su cultura, son unas cuantas cartas de él, reunidas posteriormente en el libro titulado "¿... Dónde está tu hermano?", que llegó a la séptima edición en el año 2000, siendo la sexta la traducción alemana del mismo.

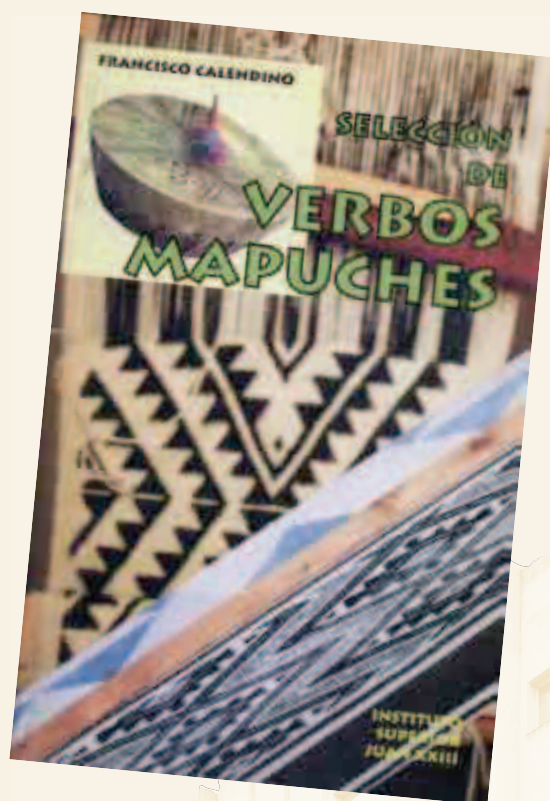
Añádase a esto su perfecto aprendizaje del idioma mapuche y su afán por el mantenimiento del mismo, encontrando tiempo para redactar un *Diccionario Mapuche básico con Anexo Gramatical*, cuya segunda edición es igualmente del año 2000. Preparó cartillas de ejercicios para el estudio del mapuche. Y hasta preparó una *Selección de Verbos Mapuches* que reúne a más de 2000 verbos de tal idioma; fue publicada en el año 2001.

...

Por sus benemerencias en el campo educativo se hizo acreedor al Premio Divino Maestro, que le fue otorgado por parte del Consejo Superior de Educación Católica de la Argentina el 28 de setiembre de 2001.

Cabe decir finalmente que toda su vida y personalidad estuvieron signadas por la grandeza, nobleza y generosidad.

Libros del P. Calendino



- Francisco Calendino, *Diccionario Mapuche Básico* (mapuche-castellano y castellano-mapuche) con *Anexo Gramatical*, Instituto Superior Juan XXIII, Bahía Blanca – Ediciones Goudelias, Buenos Aires, 2ª. ed., setiembre de 2000, 256 páginas.
- Francisco Calendino, *¿... Dónde está tu hermano?* (Gén 4, 9). *Cartas del Padre Francisco*, Bahía Blanca, Archivo Histórico Salesiano de la Patagonia - Instituto Superior Juan XXIII, 7ª. ed. aumentada, noviembre de 2000, 114 páginas.
- Francisco Calendino, *Selección de Verbos Mapuches*, Bahía Blanca, Instituto Super-

rior Juan XXIII, agosto de 2001, 119 páginas.

La segunda edición del "Diccionario Mapuche Básico" fue costeadada en un 50 % por "Adveniat" (organismo de ayuda de la Iglesia Alemana) y en el otro 50 % por Ediciones Goudelias de Buenos Aires. El costo de la séptima edición del libro "¿... Dónde está tu hermano?" fue cubierto enteramente por la Inspectoría Salesiana de la Patagonia Septentrional con asiento en Bahía Blanca. A su vez, la impresión de la "Selección de Verbos Mapuches" fue costeadada totalmente por "Adveniat". Los trámites para conseguir fondos de este organismo de ayuda fueron llevados a cabo por el P. Del Col. A una gentileza de la nombrada Inspectoría Salesiana se debe que el Instituto figure también como coeditor del libro "¿... Dónde está tu hermano?"

Tanto el "Diccionario Mapuche Básico" como la "Selección de Verbos Mapuches" son fruto de su amor y entrega a la causa de los mapuches. Ambos sirven de modo especial para la conservación y fomento de la lengua y por ende de la cultura de esos hermanos nuestros tan postergados. El "Diccionario Mapuche Básico", en particular, es muy útil para los colegios bilingües (mapuche-castellano) de la Patagonia Norte.



El P. Calendino es autor también de una breve historia de Jesús en mapuche y castellano, que salió a luz en 1989.

Las Cartas del P. Francisco recopiladas en el libro "¿... Dónde está tu hermano?" invitan a ir en busca de los mapuches. Nótese que, según un proyecto de investigación, en la provincia de Río Negro vivirían unos 35 mil y en la de Neuquén otros 35 mil, distribuidos en pequeñas comunidades

o "reservas". En esas cartas el P. Calendino da a conocer sus andanzas entre los mapuches del Neuquén y hace tomar conciencia de la situación lamentable, inhumana, en que viven, o mejor dicho, sobreviven.